

LESTER DEL REY  
**EL DIOS MAS PEQUEÑO**  
y otros relatos

SUPER  
FICCIÓN



**LESTER DEL REY** (seudónimo de Ramón F. Álvarez del Rey, nacido en 1915), gracias a su talento precoz, proporciona uno de los primeros ejemplos de miembro del «*fandom*» que consigue acceder a la autoría. En su caso, a la temprana edad de 22 años y a resultas de una apuesta.

Gran maestro del cuento breve, se caracteriza por la originalidad de sus temas y pensamientos (quizá por su origen no anglosajón, como algunos podrían sentirse inclinados a postular), que definen una personalidad distintivamente heterodoxa en el dominio de la SF. Por ejemplo, es uno de los pocos que abordan de una manera adulta las relaciones entre hombre y mujer, huyendo del infantilismo tan a menudo criticado en el género.

De este autor aparecen en SUPER-FICCIÓN las novelas NERVIOS y JAQUE MATE PSÍQUICO además del presente volumen de sus mejores relatos que incluye: EL FIEL AMIGO, CRUZ DE FUEGO, DE TODO, HÁBITO, EL DIOS MÁS PEQUEÑO, LAS ESTRELLAS MIRAN HACIA ABAJO, RÉPLICA EN BRONCE, REENCARNADO, CARRILLÓN DE CRÁNEOS, SIN ÁGUILAS, ME LLAMO LEGIÓN y AUNQUE CREZCAN LAS AMAPOLAS, y al que seguirá un segundo volumen completando su producción de relatos cortos.

*A la memoria de John W. Campbell,  
gran editor, que me enseñó a escribir.*

*Y a Howard De Vore,  
por las pruebas de amistad que me ha dado.*

## Introducción

No tuve jamás intenciones serias de ser escritor; hasta que descubrí que lo era por un juego del azar. En efecto, durante los trece años que siguieron a la venta de mi primer relato de ficción no me consideré escritor profesional. Emborronar con palabras el papel era sólo un —a veces— lucrativo pasatiempo al que recurría cuando no tenía otra cosa que hacer. Incluso hoy, después de treinta y siete años vendiendo cuentos, con cerca de cuarenta libros y varios millones de palabras impresas, la tarea de escribir no me apremia como debiera.

Sin embargo, soy y he sido siempre un lector voraz, hábito que empecé a cultivar ya en mi primer año de escuela, cuando una maravillosa maestra me enseñó a leer, aun antes de ser capaz de pronunciar correctamente muchas de las palabras. En la pequeña población rural del sudeste de Minnesota donde crecí, no había puestos de revistas bien surtidos ni buenas bibliotecas. Pero me acompañó la suerte. Mi padre poseía una excelente biblioteca en casa. Lo cierto es que conseguí abrirme camino por la espesa fronda de las obras completas de Darwin, *Decline and Fall* de Gibbons y los fascinantes relatos de Julio Verne y H. G. Wells. Aprendí a disfrutar de Shakespeare sin conocer a ciencia cierta la diferencia entre una obra de teatro y una novela, y dediqué un tiempo similar a releer la Biblia varias veces y las obras de Robert Ingersoll.

Atendiendo a los criterios convencionales, mi infancia debería considerarse como muy desdichada. Solíamos mu-

darnos de una finca pobre a otra, o por decirlo de distinta manera: hacíamos lo que muchos jornaleros norteños. Con frecuencia apenas teníamos nada que llevarnos a la boca. Desde que cumplí nueve años tuve que bregar con el duro trabajo de un hombre en los bosques y en los campos. Pero la verdad es que recuerdo este episodio de mi vida como un período muy feliz. Y la lectura tuvo mucho que ver con ello, además del profundo sentimiento de seguridad emocional que me dio mi padre. En muchas ocasiones, el jornal de un dólar que ganaba cuando trabajaba en su compañía se veía incrementado con el amable préstamo de alguna conocida obra de ficción por parte del granjero que nos había contratado. Leí muchísimos libros a horas en que debería haber estado dormido, sin más luz que la de la luna. Además, la gente del contorno guardaba sus revistas usadas y me las daba.

En 1927, cuando apenas contaba doce años, mi padre se trasladó a una pequeña ciudad para que yo pudiera cursar estudios de enseñanza media. El hecho de tener al alcance libros y revistas, que obtenía en préstamo de una biblioteca local bastante buena, ensanchó de pronto mis horizontes. Fue allí donde descubrí las obras de Edgar Rice Burroughs, así como algunos libros que podrían pasar por obras precursoras de la ciencia ficción. Desde el día en que un amigo me prestó un número de «Wonder Stories Quarterly» del año 1929, me convertí en un adicto total a ese género de literatura. Dejé atrás la archiconocida Tierra para explorar los cráteres de la Luna y caminar por el seco lecho marino del moribundo Marte, y nunca llegué a regresar del todo de esos periplos.

No estoy tratando de pergeñar una biografía. En estos párrafos de carácter introductorio y anecdótico intento pasar por alto muchos nombres y acontecimientos irrelevantes para mi propósito, que es el de mostrar cómo se gesta y madura un escritor de ciencia ficción. Quiero dejar bien claro que mi vida no ha sido únicamente reclusión introvertida

y compulsiva lectura. Quizás haya sido ésta la pauta de muchos fervientes lectores, y luego escritores de ciencia ficción; pero no en mi caso. Yo tenía mi círculo de amigos, y los deportes ocupaban en mi vida un lugar tan importante como la lectura y el trabajo. Siempre fui pequeñajo y delgado, pero conseguí jugar de lanzador de pelota en el béisbol y de defensa en el fútbol americano con ocasión de los torneos amistosos que se organizaban. En invierno, patinar y esquiar eran una fuente constante de placer, ¡y hasta me las arreglé para darme el lote en las típicas locuras de juventud!

Durante mi último año en el instituto comencé a escribir, aunque por razones muy distintas a las habituales. Me las había compuesto para ahorrar diez dólares y comprarme una vieja Remington de esas que hay que alzar el tambor para ver lo que ha quedado escrito. Además, la casa que me la había vendido adjuntaba, a modo de obsequio, un manual de mecanografía al tacto que costaba diez centavos y que llegué a dominar en unas pocas semanas. Ello me colocó en la coyuntura de tener que encontrar algo para darle a la máquina, tan largamente codiciada. Resolví la cuestión inventando historias para mecanografiar, entre ellas una extensa novela. Pero nunca me lo tomé en serio ni me molesté en enviarlas a una revista o editorial. Había leído cosas demasiado buenas como para no darme cuenta de que mi producción literaria dejaba mucho que desear, pese a los obligados elogios de mis amigos. Escribir cuentos fantásticos constituía para mí una diversión y, de pasada, mejoraba mi técnica mecanográfica. Eso era suficiente recompensa.

Pero estos relatos escritos al azar produjeron otros sorprendentes resultados. Nunca había creído posible llegar a la Universidad. En aquellos días, poca gente de mi extracción social pasaba de la enseñanza media. Además, si bien sacaba buenas notas, tampoco eran nada excepcional. Sin embargo, mi vieja amiga la bibliotecaria había leído algunos de mis escritos y se había propuesto encontrar el me-

dio de que yo pudiera proseguir mi educación. No tengo idea del tiempo que consumió en su empeño; lo único que sé es que se salió con la suya. Había dado con el paradero de un tío mío, olvidado hacía mucho, que editaba un semanario consagrado a temas laborales en Washington capital, y se dio maña en asegurarse su promesa de que yo pudiera vivir con él. Luego se las ingenió para conseguirme media beca en la Universidad George Washington. Así que en 1931, a la edad de dieciséis años, marché al Este en busca de una educación superior. Nunca volví.

Mucho me temo que el desenlace final con respecto a mis estudios haya desilusionado a mi generosa patrocinadora. Vivir con mi tío resultó una experiencia enteramente satisfactoria: lo pasé muy bien en Washington, sobre todo cuando descubrí que en la Biblioteca del Congreso estaban todos aquellos libros que hasta entonces habían sido meros títulos para mí. También tenía a mano quioscos y librerías en los que podía adquirir todas las fascinantes y llamativas revistas de ciencia ficción. Pero mi educación universitaria fue un verdadero fracaso.

Simplemente, abandoné al cabo de dos años. Salvo las asignaturas de ciencias, el resto de las materias me parecieron en su mayoría una repetición de lo que había aprendido en el bachillerato. Es más: descubrí que en pocas semanas aprendía por mi cuenta el programa de todo un año de clases. Así que dejé las aulas y me puse a trabajar de auxiliar administrativo en el departamento de contabilidad de una empresa dedicada a la instalación de elementos de fontanería, decisión que sigo considerando como una de las más acertadas que haya tomado en mi vida.

No fui lo que se dice un éxito como contable. Me apañaba muy bien con el uso del Comptometer, así como con cualquier otra máquina, pero ponía mucho menos interés en el resto de mi trabajo. El caso es que conseguí pasar sin problemas unos años, antes de que la gerencia se diera cuenta y me diera el pasaporte. Luego me dediqué a vivir

al día: vendí revistas y trabajé en restaurantes y otros menesteres de poca monta. En todo este tiempo, el mayor de mis logros fue el de adquirir cierta reputación como entusiasta de la ciencia ficción, por muy poco que esto significara. Escribía largas cartas a los editores de las revistas, señalando errores científicos y formulando críticas a las narraciones en que parecía justificado hacerlo. Tuve la satisfacción de verlas todas impresas y comentadas por otros aficionados. Así logré saborear por primera vez una modesta fama.

Llegamos, por fin, al mes de diciembre de 1937, un paréntesis entre los años de la gran recesión económica y la segunda guerra mundial. A la sazón contaba yo con veintidós años, pero me sentía mucho mayor debido a un fuerte bache de salud, a pesar de que para entonces me hallaba ya en franca mejoría. Vivía en una pequeña habitación alquilada, cerca de Washington Circle, por la que pagaba tres dólares a la semana. El armario ropero estaba fuera de la habitación, el cuarto de baño en el vestíbulo de la planta baja y mi máquina de escribir apoyada en un improvisado escritorio instalado sobre la repisa de la ventana. Mis ingresos eran bastante irregulares. Tal vez ganase una media de diez dólares a la semana, en su mayoría procedentes de unos trabajos de documentación sobre historia de la música que estaba realizando en la Biblioteca del Congreso.

No obstante, disponía de mucho tiempo libre para dedicarme a las cosas que más me gustaban. (En aquella época, mi pasatiempo favorito consistía en elaborar un sistema de taquigrafía a máquina que pudiera ser descifrado casi por cualquier mecanógrafa, lo que no ocurre con la estenotipia. Si bien llegué a perfeccionarlo, nunca le saqué el menor partido). También me las componía para agenciarme todas las revistas de ciencia ficción a medida que iban saliendo.

Pocos días antes de la Navidad, estaba yo enfrascado en la lectura de una de ellas cuando vino mi chica a visitarme. Vivía a un par de manzanas de allí. La patrona la cono-



cía, y como le caía simpática, la dejaba subir a mi cuarto sin anunciarse previamente. Así que entró en la habitación en el preciso momento en que yo tiraba enérgicamente la revista al suelo. Todavía sigo haciéndolo cuando un relato me irrita, aunque la verdad es que me he vuelto mucho más tolerante.

No acierto a recordar la razón de mi enfado. El relato, *Pithecanthropus Rejectus*, aparecido en «Astounding Stories» de enero de 1938, era obra de Manly Wade Wellman. Trataba de un simio que pretendía en vano imitar a los hombres. Sospecho que, en parte al menos, mi disgusto se debía a la circunstancia de que la idea se viese malograda. (Sam Moskowitz, en una semblanza que hizo de mí, menciona un relato enteramente distinto de dicho escritor, a pesar de que yo le había dado el título con toda claridad. Supongo que debió de pensar que no podía tratarse de un relato aparecido en el número de enero, dado que yo lo había leído en diciembre. No obstante, debiera haber sabido que, por regla general, las revistas salen a la venta mucho antes de la fecha que ostenta el ejemplar).

Bueno; el caso es que mi amiga quiso saber el por qué de mi rabieta, y yo le lancé una larga y vehemente diatriba en contra del relato. Por toda respuesta me formuló la pregunta más irritante que se le puede hacer a un crítico:

—¿Qué te induce a pensar que tienes derecho a juzgar a los escritores cuando tú mismo no eres capaz de escribir un cuento?

De nada sirvieron los argumentos que aduje acerca de insignes críticos que habían sido incapaces de escribir un relato de ficción.

—¿Por qué crees que no soy capaz de escribir yo también? —quise saber.

—Demuéstralo —respondió.

El tono concluyente de estas palabras parecía denotar que daba por acabado el tema; pero en aquel trance yo no podía dar el brazo a torcer. Finalmente, logré que admitiera

que ni siquiera los autores consagrados lograban vender la totalidad de sus relatos, y que si yo recibía una carta personal del editor, en lugar de la acostumbrada nota ciclostilada de rechazo, ganaría la apuesta y me daría la razón.

Cuando hubo partido, empecé a darle vueltas al asunto. Me parecía bastante probable ganar, en parte debido al hecho de que John W. Campbell había sido nombrado director editorial de la revista. Yo había escrito cosas muy halagadoras respecto de sus relatos en las secciones de «cartas al director», y estaba seguro de que él recordaría mi nombre, cosa que sería de ayuda. Ello implicaba jugar un tanto sucio, pero consideraba que el reto de mi compañera no era del todo justo. De todos modos, había dado ya mi palabra, y tenía que salir del paso: siempre había saboreado las empresas difíciles y a la sazón me proponía hacer lo mismo con aquel empeño.

El caso es que había leído una extraordinaria cantidad de artículos en el antiguo «Writer's Digest» acerca de cómo escribir literatura narrativa, artículos espléndidos, escritos por muchos de los autores de las «noveluchas» que más me gustaban. Los había leído porque me ayudaban a disfrutar aún más de sus relatos de ficción, pero debí de aprender algo en ellos. También, tras años de lectura, había ido perfilando algunas ideas referentes a la elaboración de relatos. No había plasmado por escrito ninguna de ellas, ni siquiera en notas, pero recordaba las más sugestivas.

Sin embargo, terminé por decidir que lo mejor era contraponer al relato de ficción que no me había gustado, otro en el cual fuera el hombre quien fracasara y un animal el ser que saliera victorioso del trance. Wellman había utilizado un simio, así que yo elegí a los perros como carta de triunfo. Por lo que recordaba, eran pocos los relatos de ciencia ficción que trataban de perros; en cambio, abundaban los referentes a simios.

Durante aquella noche y el día siguiente resolví lo que esperaba fuera la trama. Luego, me senté ante mi vieja Oli-

ver de tres hileras y comencé a teclear de firme. Tardé unas tres horas en concluir el cuento, pero no muy satisfecho de mi trabajo. Era demasiado largo y empleaba un estilo muy exuberante. Sabía que los editores recibían demasiados relatos largos y que, normalmente, les interesan mucho más aquéllos que no sobrepasan las cinco mil palabras. El mío era de ocho mil. Así que cogí un lápiz, me senté y comencé a tachar para acortar el texto. Cuando terminé, el relato había quedado reducido a sólo cuatro mil palabras, y sin embargo, en conjunto, se leía mucho mejor. Aprendí también muchísimo acerca del arte de escribir cuentos, tanto que ya nunca necesité recurrir de nuevo al tachado. En adelante, tachaba mentalmente, a medida que avanzaba en la escritura.

Así que deslicé la vieja Oliver de 1909 bajo la cama y extraje mi moderna Woodstock de cuatro hileras. (Había algo en la vieja máquina que hacía más fácil el tecleo, pero la Woodstock sacaba unos originales mucho más limpios). Volví a mecanografiar el texto en hojas de formato convencional, lo metí en un sobre con mis datos, le puse el sello y el remite y lo envié por correo a John W. Campbell la víspera de la Navidad de 1937. El cuento se titulaba *El fiel amigo*, y si bien me parecía demasiado burdo para que pudiera venderse, sí estimaba que merecía una carta personal del director de la publicación.

## El fiel amigo

*Lester del Rey*

Hoy, en un mundo verde y encantador, aquí en la más poderosa de las ciudades del hombre, agoniza el último miembro del género humano. Y nosotros, creación suya, quedamos para llorar su muerte y para venerar su memoria; la del hombre, la de quien supo controlar todo lo que conocía, salvo a sí mismo.

Soy viejo, de acuerdo con nuestro sentido de la edad, pero mi sangre es aún joven y mi vida, si es cierto lo que me dijera el último de los hombres, puede prolongarse casi indefinidamente, lo cual es también obra suya, como lo somos, en última instancia, nosotros y los simios. Nuestra especie, la de los perros, es antigua y ha convivido mucho tiempo con el hombre. De no haber sido por Roger Stren, estaríamos todavía ladrándole a la luna y rascándonos las pulgas, o yaciendo entre las ruinas del imperio de los hombres, sumidos en una lerda sorpresa ante su muerte.

Según rezan las crónicas, hubo perros que balbuceaban unas pocas palabras humanas. Pero Hungor era el favorito de Roger Stren, y éste convirtió en un ideal y en una vida de trabajo la ímproba labor de enseñar al can a expresarse como un ser humano. La operación practicada en la garganta y la boca de Hungor, que posibilitaba aún más el lenguaje humano, fue relativamente fácil. Mucho más difícil resultó la búsqueda de otros perros «parlantes».

Pero encontró cinco, además de Hungor, y comenzó con este reducido número. Sus métodos fueron los de se-

lección y cría, cirugía y entrenamiento, implantación de glándulas y mutación mediante rayos X, y fue progresando de forma constante. Al comienzo, el dinero constituyó un problema, pero pronto sus mascotas llamaron la atención, aumentando su valor.

Cuando murió, los seis ejemplares originales se habían transformado en miles, y había supervisado el crecimiento de veinte generaciones de perros. Entonces una generación de mi especie se desarrollaba en sólo tres años. Había visto cómo el pequeño cobertizo que tenía en el patio trasero se convertía en una gran institución, con un centenar de colaboradores y estudiantes, y había comprobado que el mundo estaba pendiente de sus logros. Pero, por encima de todo, en ese corto período de tiempo había visto cómo el meneo de la cola daba paso a un lenguaje limitado.

El movimiento al que él había dado origen continuó. Al cabo de dos mil años, ocupábamos un lugar junto al hombre, en su vida cotidiana, que hubiese resultado inconcebible para el mismísimo Roger Stren. Tuvimos nuestras escuelas, nuestras casas, un trabajo compartido con el hombre y una sociedad propia. Hasta conseguimos nuestra independencia, cuando la quisimos. Y nuestro promedio de vida ya no fue de quince años, sino de cincuenta o más.

También el hombre había recorrido un largo camino. Las estrellas estaban prácticamente a su alcance. La Luna, desértica e infecunda, era suya hacía siglos. Marte y Venus esperaban su turno. Había llegado a ellos dos veces, pero sin regresar, meta que estaba a punto de conseguir. Al hombre le faltaba muy poco para conquistar el universo.

Pero no se había conquistado a sí mismo. Su progreso había sufrido muchos reveses porque tuvo que matar a otros hombres. Luego, una vez más, fue prisionero del pasado y volvió a librar batalla contra los de su especie. Las ciudades quedaron arrasadas, las llanuras del sur se convirtieron en áridos desiertos, Chicago terminó envuelta en una niebla verde. Era aquélla una muerte lenta, así que los

hombres huyeron de la ciudad para morir, dejándola vacía. La niebla persistió, flotando durante días, meses y años después de que la especie humana se hubiese extinguido.

Yo también partí a la guerra. Piloté un avión diseñado para mi gente sobre las ciudades del Imperio de la Estrella Naciente. Las pequeñísimas bombas atómicas cayeron de mi nave encima de casas, granjas, de todo aquello que era del hombre, el mismo que había hecho de mi raza lo que era. Porque los hombres para los que trabajaba me habían dicho que combatiese.

Conseguí, no sé cómo, escapar de la muerte, y tras la última y gran ofensiva, cuando ya la mitad de los hombres habían muerto, reuní a mi pueblo y continuamos hacia el Norte, donde algunos de los hombres que regentaban mi comunidad habían conseguido encontrar un refugio, lejos de la guerra. Aún permanecían en pie tres ciudades levantadas por los hombres, envueltas en la niebla verde, inutilizadas. El hombre se acurrucaba alrededor de pequeñas hogueras y se guarecía en el bosque, cazando en pequeños grupos para alimentarse. Apenas había transcurrido un año de guerra.

Los hombres y nosotros vivimos en paz por un tiempo, elaborando planes para reconstruir las ciudades, una vez la guerra hubiese terminado. Entonces vino la plaga. La anti-toxina sintetizada en los laboratorios resultó ineficaz y la plaga aumentó su virulencia. Se propagó por la tierra y el mar e hizo del hombre, que la había inventado, su víctima, aniquilándole. Sus efectos eran semejantes a los de una fuerte dosis de estricnina: el hombre moría entre violentos estertores y náuseas.

Durante un lapso muy corto, los hombres se unieron contra ella, pero no hubo modo de atajarla. La plaga se esparció, implacable, invadiendo inclusive la pequeña colonia fundada en el Norte. Contemplé, apenado, cómo los hombres que nos regentaban se debatían en la agonía. Luego, nosotros, el pueblo de los Perros, nos encontramos solos

en un mundo destrozado, del cual había desaparecido el hombre. Durante semanas nos afanamos operando con la pequeña radio de que disponíamos. Pero no hubo respuesta. Entonces supimos que el hombre había muerto.

Poca cosa podíamos hacer nosotros. Teníamos que procurarnos comida como en los viejos tiempos, y cuidar de nuestros cultivos en la medida en que nuestras patas delanteras, algo modificadas gracias al hombre, lo permitían. La estéril región del norte no era la más adecuada para nosotros.

Reuní bajo mi mando las tribus hasta entonces diseminadas por la región y comenzamos la larga marcha hacia el sur. Nos desplazábamos al ritmo de las estaciones. Al llegar la primavera plantábamos lo que iba a constituir nuestra comida, y durante el otoño, cazábamos. A medida que nuestros trineos envejecían y se rompían nos enfrentábamos con un problema: no podíamos reemplazarlos. Ello hizo aún más lento nuestro avance. Algunas veces nos topábamos con pequeñas manadas de nuestra especie. La mayoría habían vuelto al estado salvaje y tuvimos que someterlos por la fuerza. Pero, poco a poco, en número cada vez mayor, avanzamos hacia el sur. Buscábamos al hombre; durante cincuenta mil años nosotros, los perros, habíamos vivido con y para el hombre, y no sabíamos de otra vida.

En el yermo en que había quedado convertido el otrora estado de Washington, dimos con un grupo que no había vuelto al estado salvaje. Tenían caballos que trabajaban para ellos, y hasta toscos arneses y máquinas que podían manejar. Allí nos quedamos cerca de diez años, nos dimos un gobierno y construimos una ciudad rudimentaria. En tanto el hombre se había valido de sus manos nosotros tuvimos que inventar objetos que pudiésemos utilizar con nuestros dientes y menguados pies. Pero disfrutábamos de una cierta seguridad, e incluso habíamos hallado algunos de los libros del hombre, lo que nos permitió instruir a nuestros jóvenes.